

En tierras lejanas

Marisa Iturriza

A mi padre y sus hermanos,
que tuvieron que afrontar
las consecuencias de la guerra

Capítulo 1

—¡Arriba, arriba, perezosos! Hoy hace un día espléndido.

—*Utzi nauzu, lotan nago!*¹.

—Son casi las seis... ¡Arriba! —Urbano destapa a Ernesto y lo arrastra por las piernas.

En la cama de al lado, Enrique se despereza y, dando un profundo bostezo, se estira todo lo que puede.

Diez minutos después, los tres hermanos bajan por la escalera junto con los demás niños para salir al patio y hacer los ejercicios de la mañana. El místico abre la puerta, salen todos con paso marcial, se colocan en cuatro hileras y comienzan a hacer flexiones y estiramientos, siguiendo las instrucciones que este les marca. Al lado de Urbano se encuentra José, el segundo de los dos hermanos Echaide, que odia la gimnasia y está deseando que el místico toque el silbato y terminen los ejercicios. Urbano lo anima:

— ¡Aúpa, José, que ya queda menos! Pronto nos iremos a desayunar.

Todas las mañanas salen al exterior, hacen la gimnasia y, después de ducharse, llega lo que de verdad les gusta: el desayuno. El agua helada de las duchas les congela las ideas por unos minutos. Después, los cuerpos enrojecidos por la reacción al frío reciben agradecidos el calor de las ropas: pantalón corto, camiseta de algodón y camisa de rayas o de cuadros. Repeinados y muertos de hambre se acercan al comedor, donde los tazones repletos de leche humeante provocan que sus tripas empiecen a rugir, anticipándose al placer de sentirse llenas. En fila y ordenadamente toman asiento y, al minuto, no se oye ni una voz. Todos devoran en silencio el desayuno mientras más de uno recuerda los días de penuria pasados antes de llegar hasta allí.

Urbano, que no se sacia nunca, ve que Tomás, el niño que está a su lado, ha tomado su tazón de leche, pero ha dejado parte de su pan sin comer. Se lo pide y, cuando se lo da, lo come complacido. En San Sebastián, en su casa, siempre les ha faltado de todo; son cuatro hermanos, no tienen padre y su *ama* trabaja duro para poder alimentarlos bien, pero no siempre lo consigue. Por eso, él y su hermano Enrique fueron acogidos desde los seis años en la casa de beneficencia de Zorroaga, situada en las afueras de la ciudad. Allí han vivido internos y han recibido clases hasta el comienzo de la guerra.

¹ *Utzi nauzu, lotan nago!*: ¡Déjame, estoy dormido!

Sus recuerdos de aquel lugar no son muy buenos. Muchos de los cuidadores confundían disciplina con violencia, y algunos compañeros se quejaban de que los curas que les daban clases eran demasiado «cariñosos». Como ninguno podía permitirse otra cosa, todos callaban. Urbano, que tiene un carácter fuerte y rebelde, cuando vivía o presenciaba situaciones injustas se rebelaba, por lo que recibía más de un bofetón, cuando no duros castigos, en su mayoría desproporcionados. Aún recuerda la vez que, por protestar porque un cura golpeó sin razón alguna a un alumno, tuvo que permanecer el día entero en el patio, a la intemperie, a pesar del frío que hizo ese invierno.

Aquí, en Inglaterra, todo es distinto. Hay disciplina, pero siente que los tratan bien, con respeto.

—Mira, Urbano, mira lo que dice José: que después de las tareas nos van a llevar al río a nadar, como el otro día.

Urbano sale de su ensimismamiento y mira complacido a su hermano Enrique. Su mirada se le ilumina. Seguro que allí vuelven a pasarlo genial.

Esa noche en la cama, agotado y satisfecho, después de un día de baños y juegos en el río, no puede evitar recordar lo que han vivido desde que comenzó esa guerra que los ha llevado hasta allí, a ese lugar tan alejado de su casa y de sus seres queridos.

Capítulo 2

Aquel día salimos de prisa de nuestra casa de San Sebastián porque nos dijeron que los rebeldes estaban cerca y que nos iban a matar a todos. Entre la ama, Teresa y yo cogimos todo lo que pudimos e hicimos un hatillo para cada uno con nuestra ropa. En camiones, junto con nuestros amigos los Echaide y muchas otras personas, huimos hacia Bilbao. El viaje fue largo, nos parábamos continuamente porque la carretera estaba llena de vehículos y de familias que huían caminando. Todos estábamos muy nerviosos y tristes. Teníamos miedo de que atacaran en el camino.

Llegamos a Bilbao y vimos que era un caos, las calles estaban llenas de gente refugiada. A algunos los alojaban en escuelas, en pabellones, en casas; otros dormían en las calles. Nosotros tuvimos suerte y nos alojaron en una casa de la parte vieja, en las Siete Calles, al lado de los Echaide; ellos en el segundo piso y nosotros en el tercero. Estábamos muy contentos, pero la alegría nos duró poco, la guerra se iba acercando a Bilbao y pronto empezaron los bombardeos. Teníamos que pasar el día cerca de los refugios porque nunca se sabía cuándo iban a suceder. Por suerte, por la noche, como los aviones no podían volar, regresábamos a casa a dormir. Recuerdo un día en el que una bomba cayó muy cerca nuestra casa, justo cuando Teresa había salido a la calle. Pensamos que la habría pillado de lleno, salimos angustiados a buscarla y vimos que el edificio de al lado se había derrumbado. A Teresa, aunque le cayeron encima escombros de la casa destruida, no le pasó nada grave. A partir de ahí, cada vez teníamos más miedo.

Las noticias que nos llegaban eran muy malas. Habían bombardeado pueblos cercanos como Guernica y Durango, y sabíamos que muchas personas habían muerto. Días tras días llegaba más gente a Bilbao huyendo.

Por eso, cuando una señora, Josefa Eguren se llamaba, vino para informar a nuestras madres de que los niños podíamos ir a Inglaterra mientras durara la guerra, decidieron que sí, que iríamos todos y así podríamos estar a salvo. Esa noche oí a la ama llorar. Yo sabía que a ella no le gustaba nada que nos separáramos, pero, después del susto con Teresa, pensó que era lo mejor para nosotros. Nuestra hermana, que ya tenía dieciséis años, no podía ir, solo dejaban a niños entre cinco y quince años. Yo tenía catorce, mis otros dos hermanos; Enrique, trece, y Ernesto, diez. Nuestros tres amigos también podían: Juan Echaide tenía trece años, María, diez, y José, el más pequeño, ocho. Iríamos los seis y nos ayudaríamos unos a otros.

Unos días después, el 20 de mayo de 1937, un tren nos llevó de Bilbao a Santurce, allí nos embarcaríamos en el Habana. La despedida de la ama y de nuestra hermana en la estación fue muy triste. Todos llorábamos. Nos separábamos y no sabíamos si nos volveríamos a encontrar. «Zaindu zure anaiak²», me dijo la ama mientras me daba el último abrazo. Al que más le costó separarse fue a Ernesto, era el más pequeño y no se soltaba de las faldas de la ama. Finalmente lo agarré de la mano y subimos al tren. Enrique, a mi lado, lloraba en silencio. Yo intentaba hacerme el fuerte, pero era imposible. Desde las ventanillas les dijimos de nuevo adiós con gran tristeza.

En el muelle nos esperaba el Habana para llevarnos muy lejos, a un sitio, Inglaterra, del que conocíamos muy poco. Yo recordaba haberlo visto en un mapa en la escuela, una isla grande, pero nada más. Subíamos a bordo con la sensación de estar viviendo otra vida. Todo lo que nos pasaba era muy extraño: separarnos de la ama y de Teresa; estar en ese barco enorme; no saber muy bien a dónde íbamos ni cuánto tiempo íbamos a estar; no saber dónde íbamos a dormir; no saber qué era eso de navegar y estar en medio del mar. Para mí era también como una aventura, estaba temeroso pero al mismo tiempo expectante para vivirla. Mientras subíamos por la pasarela, volvíamos una y otra vez la vista atrás. Había muchas madres allí. Ellas agitaban sin parar sus brazos y gritaban: «Agur, agur maiteak». Los más pequeños las llamaban desde el barco: «¡Ama ama!», y sollozaban.

Aunque el barco era enorme, para cuando embarcamos no había un sitio donde ponerse. Según nos dijeron, éramos casi cuatro mil niños y nos iban a acompañar algunas maestras, curas, monjas y médicos, para cuidar de nosotros.

Los seis —nosotros y los tres hermanos Echaide— buscamos un hueco en cubierta; dentro parecía estar todo ocupado y, además, preferíamos que nos diera el aire. Procurando estar juntos y no separarnos, encontramos un lugar un poco resguardado y, bien pegados unos a otros, nos cubrimos con las mantas que nos habían dado. Pasaríamos la noche allí. Hacía frío, y la humedad marina empapó nuestras mantas. Yo oía lo sollozos de Ernesto y buscaba algunas palabras de consuelo, que no tenía ni para mí. La noche se me hizo eterna. Solo logré dormirme un rato, después de que mis hermanos, rendidos por el cansancio, se hubieran dormido.

El barco empezó a moverse al amanecer del siguiente día. Nos despertamos y vimos cómo nos íbamos alejando de la costa. Teníamos miedo de que los rebeldes nos

² Zaindu zure anaiak: Cuida de tus hermanos.

atacaran desde tierra, pero no pasó nada. Para protegernos de posibles ataques, al principio, nos escoltaron unos pequeños barcos de la Marina de guerra vasca, pero después, ya en alta mar, se volvieron y lo hicieron dos destructores ingleses. Al poco, nuestros temores crecieron. A lo lejos se veía un gran buque. Alguien gritó: «el Cervera»... El temido buque de guerra de los rebeldes se nos acercó, pero cuando todos temíamos lo peor dio media vuelta y se alejó de nosotros. Según nos dijeron los cuidadores que nos acompañaban, estábamos ya en aguas internacionales y no podía atacarnos. Los gritos de alegría que lanzamos todos, cuando lo vimos alejarse, nos ayudaron a soltar la tensión que teníamos. A partir de ahí, navegamos más tranquilos, sin miedo a ningún ataque. Aunque enseguida nuestra preocupación fue otra: hacía mucho viento y la mar estaba muy revuelta. Al poco rato, todos nos mareamos y empezamos a vomitar. A veces, no teníamos ni tiempo para acercarnos a la borda. Llegar hasta ella era toda una carrera de obstáculos, la cubierta del barco estaba llena de niños como nosotros. El olor a vómito y la suciedad eran horribles. Salvo por la tarde, durante casi todo el día, el viento y las olas fueron nuestros compañeros. A pesar de todo aquello, esa noche conseguimos dormir. Estábamos agotados.

Al salir el sol me desperté, pero necesité unos segundos para recordar dónde estábamos y darme cuenta de que algo había cambiado: reinaba un gran silencio. Pronto descubrí la razón: la mayoría de los niños, incluidos mis hermanos, todavía dormían, y la mar estaba en calma. Me levanté con cuidado y me acerqué a proa. Desde allí pude ver el mar infinito delante de mí. «¿Seguro que tiene fin? ¿Habrá tierra en algún lugar? ¿Qué nos pasará si nos quedamos a la deriva en medio de esta inmensidad?», me preguntaba. Este pensamiento me dio un poco de vértigo, pero enseguida lo aparté de mi mente; el capitán y los marineros seguro que sabían lo que hacían.

Durante la mañana estuvimos bien, la mar continuaba en calma y en el barco reinaba la alegría. Nosotros, dando codazos y empujando, bajamos a recorrer el barco por dentro. Había niños por todas partes. Olía mucho peor que arriba. Era mejor estar en cubierta, al menos durante el día. Al mediodía, nos acercamos a uno de los comedores a comer, por fin no lo vomitamos todo después. Aunque procurábamos no separarnos, en algunos momentos perdí de vista a Enrique y a Ernesto. Menos mal que para entonces nos orientábamos muy bien y todos sabíamos regresar a nuestro txoko. Al rato aparecieron, habían ido con los Echaide a donde estaban otros amigos y se habían quedado jugando con ellos.

Sobre las seis de la tarde alguien gritó: «¡Tierra, Tierra!». Todos queríamos verla, nos pusimos de pie y nos acercamos a los lados.

Conforme nos acercábamos, nos íbamos poniendo más nerviosos: teníamos una gran curiosidad por ver cómo era esa tierra que nos iba a acoger. Ahora que la mar estaba en calma, lucía el sol y veíamos nuestro destino: por primera vez me pareció que esta aventura merecía la pena y me sentí contento de haberla empezado.

Aunque estábamos impacientes por bajarnos, el barco echó anclas antes de llegar al puerto. Pasaríamos una noche más en él. Todos sentimos una terrible frustración, pero, como ya estábamos en aguas inglesas, nos tranquilizamos rápido. Enseguida se acercaron dos lanchas y subieron a bordo varias autoridades y algún responsable médico. Querían ver nuestra situación. Alguien dijo que sacaron a un niño que estaba muy enfermo para llevarlo al hospital. Esa noche dormimos bien. Estábamos rendidos por el viaje.

El domingo por la mañana estábamos desayunando cuando el barco empezó a moverse. Todos subimos a cubierta, nadie quería perderse nada. Navegábamos por un estuario y se veía tierra a ambos lados. Algunos nos encaramamos a los mástiles para ver mejor. Por fin atracamos en el puerto de Southampton. El muelle estaba lleno de personas que nos saludaban moviendo los brazos. Nosotros les respondimos igual. Después los altavoces nos dijeron que volviéramos a nuestros sitios, que nos irían llamando para la revisión médica. Nadie saldría del barco, si no la pasaba. Se oyó un fuerte «¡oh!», de sorpresa y desilusión. Resignados, volvimos a nuestros sitios y nos dedicamos a pasar el tiempo contándonos historias. Los chequeos fueron rápidos: si estabas sano, te ponían una cinta blanca en la muñeca; si tenías piojos o sarna, una roja. Después de pasar la revisión médica, pudimos finalmente desembarcar. Nos habían puesto en la muñeca una cinta blanca, que indicaba que estábamos sanos. En tierra nos esperaban las autoridades. Nos sentíamos muy contentos e importantes. Después nos montamos en unos autobuses que, en cuanto se llenaban, partían hacia nuestro nuevo destino. Las calles estaban llenas de gente que nos saludaban y adornadas con banderines y guirnaldas de bienvenida. «¡Mirad, mirad qué bonito, somos famosos aquí!», exclamó más de uno. En realidad, luego supimos que los ingleses habían adornado las calles para celebrar la coronación de su nuevo rey, que había tenido lugar unos días antes.

Al poco tiempo llegamos a un gran campamento. En su entrada colgaba un cartel con las palabras «BASQUE CHILDREN'S CAMP», y, tras él, vimos hileras e hileras de

tiendas de campaña blancas y relucientes, perfectamente ordenadas. Era enorme. No había duda, ese era el sitio al que nos llevaban. Mis hermanos y mis amigos se sintieron decepcionados porque pensaban que iban a alojarnos en algún colegio o en casas. A mí, sin embargo, me gustó mucho la idea de estar allí: dormir en tiendas era mucho más emocionante.

Cuando entramos, nos repartieron caramelos y chocolate. ¡Humm, estaban deliciosos!, y después de las penalidades que habíamos pasado nos supieron a gloria. También nos dieron ropa, calzado, impermeables y gorros para la lluvia. Una vez inscritos, nos separaron a las chicas y a los chicos, y nos instalaron en las tiendas de ocho en ocho. Yo con mis dos hermanos, Enrique y Ernesto, junto con nuestros amigos Juan y José Echaide, y tres hermanos Berasategui del barrio de Amara. Cuando entramos en nuestra tienda, organizamos dónde íbamos a dormir cada uno. En un rincón había paja y ocho sacos. Cada uno tenía que meter la paja en su saco. Esa sería nuestra cama. Enrique, Ernesto y yo dormiríamos cerca de la puerta; luego los Echaide y al fondo de la tienda los Berasategui. No quedaba espacio para mucho más en la tienda, así que tendríamos que hacer la vida al aire libre.

Los primeros días se nos hicieron duros porque todavía no estaba bien organizado, esperaban dos mil niños y llegamos casi cuatro mil. Poco a poco, el campamento se fue mejorando. Según nos explicaron las cuidadoras que se hacían cargo de nosotros, el comité de ayuda a los niños vascos refugiados de la guerra fue recibiendo dinero de muchas organizaciones, entre ellos los sindicatos galeses, que llegaron a donar cinco mil libras. Con este y más dinero las instalaciones mejoraron. El campamento era atendido, entre otros, por Boy Scouts, unos chicos algo mayores que yo, que trabajaban allí como voluntarios. Nos sorprendía su entrega y todo lo que nos ayudaban.

Todos los días nos daban de comer muy bien. Lo que más nos gustaba era el pan blanco; siempre que podíamos cogíamos más y lo escondíamos debajo de las chaquetas. En el almuerzo nos servían carne, arroz, verduras y nos sentábamos en el suelo para comerlo. Éramos muchos, pero había para todos. Durante el día no teníamos grandes cosas que hacer y, a veces, nos aburríamos. Para distraernos, nos inventábamos juegos o creábamos rivalidades con otros grupos, bien porque eran de otros pueblos o de otras provincias, o porque sus padres eran de otras ideas políticas. A pesar de que las tiendas las habían agrupado en tres grandes grupos: nacionalistas —en las que estábamos nosotros—, socialistas y comunistas para evitar los conflictos, más de una vez terminábamos peleándonos o haciéndonos trastadas entre nosotros. A

fin de mantenernos ocupados, los responsables organizaron actividades: partidos de fútbol, tareas domésticas, clases —tanto con las maestras que viajaron con nosotros como con voluntarios ingleses—, e incluso montaron un cine en una de las tiendas grandes y veíamos películas de Chaplin, Keaton o las aventuras de Popeye el marino. ¡Cómo me divertía con ellas!

A pesar de eso, para todos, y en especial para Ernesto y José, la experiencia estaba resultando muy dura: las noches eran frías y, a veces, llovía de tal manera que el agua entraba a través de la lona y se acababa mojando todo. Así que, cuando Rosa, la encargada, me llamó junto a otros encargados de otras tiendas para informarnos de que íbamos a partir a una colonia del norte y que estaríamos alojados en un colegio, me puse muy contento, sobre todo pensando en lo felices que se iban a sentir mis hermanos y amigos cuando les diera la noticia.

Volví a la tienda emocionado. Recuerdo que todos me esperaban expectantes. Cuando se lo conté, empezaron a dar saltos de alegría. José se me echó al cuello para abrazarme, como si hubiera sido yo quien hubiera decidido el cambio.

—Tranquilo, José, que me vas a romper el cuello. Hemos tenido suerte, somos de los primeros que nos trasladan y, por lo que han dicho, el nuestro es un buen centro. Como somos católicos, la iglesia de aquí se ha movido para que algunos colegios nos acojan.

—¿Cuándo nos vamos, Urba? —me preguntó el pequeño Ernesto.

Lo miré y vi que estaba triste. Con sus diez años, era el que más echaba de menos a la ama. Enseguida me imaginé lo que estaba pensando... «Nos vamos todavía más lejos...», y él solo quería volver a casa y estar de nuevo con ella.

—Me han dicho que pasado mañana. Pero que antes tenemos que recoger nuestras cosas, dejar bien ordenada la tienda y llevar las mantas que hemos usado a la tienda central para que las laven y puedan usarlas otros.

—Y nuestra ama, ¿cómo se va a enterar del cambio? —preguntó Enrique con preocupación.

—Creo que lo mejor será que le escribamos una carta informándola. Vamos a pedirle a Rosa papel y lápices, y, si queréis, cada familia le escribe a su madre. Yo os digo cómo se llama el colegio y el pueblo —se me ocurrió decirles, para tranquilizarlos un poco.

—Sí, buena idea. Te acompaño a por todo —me contestó Juan Echaide; y los dos, junto con uno de los Berasategui, fuimos a la tienda de las maestras que nos habían acompañado. Cuando vimos a Rosa, le pedimos lo que necesitábamos. Ella nos lo dio

encantada y nos dijo que, cuando termináramos, ella misma entregaría las cartas en la oficina del campamento para enviarlas a España.

—De todos modos, estad tranquilos, la organización de acogida siempre se encarga de informar a vuestras familias de la nueva ubicación. Pero seguro que les hace más ilusión recibir noticias vuestras contándoselo.

Los tres regresamos a nuestra tienda y cada familia empezó a escribir su carta. Yo les conté a la ama y a Teresa cómo era el campamento, lo que comíamos y lo que hacíamos cada día, pero no les dije nada de las peleas, las pequeñas trastadas, los inconvenientes del principio, ni de que se nos mojaba todo cuando llovía. No quería preocuparlas. Al final, les expliqué que estábamos muy contentos, porque íbamos a ir a un colegio muy bueno, y les puse su nombre y dirección para que pudieran escribirnos: Colegio St. Peter's, en el pueblo de Gainford. Después, Enrique y Ernesto también escribieron unas líneas. Para acabar les dijimos que estábamos muy bien, pero que las echábamos mucho de menos y las queríamos mucho.

Al terminar nuestras cartas, todos nos sentimos muy tristes: nos habían entrado unas ganas enormes de estar con ellas. En ese momento, el miedo a la guerra se nos hizo pequeño. Miré a Enrique, y vi que se le saltaban las lágrimas. Yo sabía que, aunque se quejaba poco, lo estaba pasando muy mal.

Para superar el mal momento, les propuse que después de llevar las cartas a Rosa jugáramos un partido de fútbol. Ernesto, que también había llorado, enseguida dijo que sí, pero Enrique dijo que no. Comprendí que necesitaba un poco más de tiempo para vencer su pena, y no quise insistir, pero, cuando volvimos de entregar las cartas, también se levantó y nos acompañó.

El partido nos vino muy bien para distraernos y superar la tristeza.

El viaje en tren desde Southampton hasta Darlington se nos hizo un poco largo. Charlábamos, cantábamos, jugábamos, pero, según pasaban las horas, nos aburríamos de todo. Entonces reinaba el silencio. Yo miraba por la ventanilla y el paisaje de colinas y campos verdes me hacía recordar a nuestra tierra, verde también, aunque mucho más montañosa. Al mirarlo me sentía más cerca de casa.

Al mediodía, nos dieron a cada uno un gran bocadillo y agua para beber. Después, con el traqueteo y el calor, nos quedamos amodorrados. Estaba anocheciendo y no

faltaba mucho para llegar. De repente, oímos un gran silbido: «Fifiiii...». El tren anunciaba su llegada a la estación de Darlington. Nos abalanzamos hacia las ventanillas. Como había sucedido cuando llegamos a Southampton, en el andén había una multitud que nos esperaba. Señoras y señores elegantemente vestidos se quitaron sus sombreros y nos saludaron. Abrimos las ventanillas y les devolvimos el saludo. El tren paró y cada uno cogimos nuestros abrigos o chaquetas. No teníamos más equipaje. En el campamento nos explicaron que, al llegar a nuestro nuevo hogar, nos darían lo que necesitábamos.

Bajamos alborozados. Nos saludaron las autoridades del lugar y un fotógrafo nos sacó varias fotos. Luego nos enseñaron una de esas fotos publicada en el periódico local: se veía a varios de nosotros en el andén de la estación mirando a la cámara, junto con las personas que habían ido a recibirnos. El alcalde, elegantemente vestido con traje y una flor en el ojal de la chaqueta, posaba una mano sobre el hombro de un niño y lo miraba sonriente.

De nuevo nos habían recibido muy bien, pero... ¿cómo sería nuestra vida allí?

Capítulo 3

El primer mes de la estancia de los niños en St. Peter's está siendo maravilloso, mucho mejor que en el campamento. El dormitorio que les han asignado a los tres hermanos Iturriza está situado en el tercer piso. Desde las ventanas del mismo, orientadas al este, divisan la curva que hace el río Tees y, a lo lejos, las colinas y los bosques que se extienden más allá. Bajando la vista, se ve el edificio del gimnasio y el gran campo del colegio-orfanato.

St. Peter's es un orfanato formado por tres edificios de ladrillo rojo. El principal es muy señorial, con grandes ventanales, chimeneas y fachadas que, a la altura de los tejados, terminan en escalera. El edificio de los dormitorios es más grande, pero más sencillo que el principal. A continuación, está el gimnasio, de menos altura que los anteriores. Detrás de los edificios hay un amplio recinto al aire libre, con arbustos en los bordes, y un gran campo de fútbol en el centro. Desde allí se accede al río Tees, que, justo en ese lugar, a su paso por Gainford, realiza un par de curvas y continúa recto atravesando la lejana campiña.

Urbano mira desde la ventana todo el conjunto y le parece que está viviendo un sueño. Su imaginación se dispara, y se imagina estar en un castillo, lleno de rincones y recovecos para explorar, tanto en el interior como en el exterior.

Ese día de finales de julio, la luz entra a raudales por las ventanas de su dormitorio. El tiempo es espléndido, así que Urbano tiene la certeza de que el místico los llevará a bañarse al río. El místico —así llaman a Mr. Donaham, su tutor en St. Peter's—, a pesar de ser muy estricto y de hacerles madrugar todos los días, los sorprendió cuando, a la semana de su llegada, les dio la orden de ir hasta el río y, una vez allí, con la misma seriedad de siempre, les dijo:

— ¡Ahora, despréndanse todos de sus ropas y al agua!

Los niños se miraron unos a otros extrañados... «¿Habían entendido bien?». Por si acaso, nadie se movió. Pero el místico volvió a decir:

— ¡Les he dicho que todos en pelotas al agua!

Y para que no quedara ninguna duda —les hablaba en inglés y, tal vez, no le habían entendido bien—, empezó a quitarse los zapatos, la chaqueta, la camiseta... Cuando lo vieron desprenderse del pantalón y los calzones, tímidamente lo imitaron.

Las aguas del río estaban frías, pero después del primer momento parecieron templarse. Enseguida, los niños, alborozados, empezaron a gritar, a chapotear y a nadar.

Aquello era una delicia. Todos disfrutaron de ese momento de baño y diversión, y el que más, el siempre serio Mr. Donaham, que no paraba de sumergirse y de hacerles ahogadillas. En esa parte del río, la corriente no era muy fuerte y no cubría mucho, pero más adelante las aguas eran más profundas y se podía nadar mejor. El místico dio permiso para acercarse hasta allí solo a los que lo hacían bien, eso sí, no sin antes advertirles que no se alejaran mucho: no quería que nadie tuviera un susto.

Urbano, feliz, enseguida retó a Agapito, uno de sus nuevos amigos, a ver quién llegaba primero a la otra orilla. Los dos nadaban bien, pero Urbano, que además de ser dos años mayor estaba acostumbrado a hacerlo en la playa de Ondarreta, no tuvo ningún problema en llegar el primero. Agapito quería la revancha a la vuelta, pero volvió a perder. Si bajaban más veces al río, se entrenaría para ganarle a ese *giputxi*: él era vizcaíno, de Ortuella, tenía mucho orgullo y no iba a dejarse ganar tan fácilmente.

Alborozados, los niños pasaron la mañana entrando y saliendo del agua, hasta que el místico tocó el silbato y les ordenó salir del río. Se había acabado la diversión por ese día. Se secaron al sol, se vistieron y, felices, volvieron a St. Peter's.

Urbano confía en que esa mañana espléndida vayan también al río Tees. Son casi las seis de la mañana y, como todos los días a esa hora, tienen que bajar al patio para realizar los ejercicios de gimnasia matutinos. Están a finales de julio y hace muy buen tiempo, pero, según les ha explicado el místico, saldrán todos los días a hacer gimnasia independientemente de las inclemencias del tiempo y de la estación del año. A Urbano eso no le preocupa; está fuerte y le gusta la actividad física... «*Gero, gerokoa*», piensa, tal y como tenía costumbre de decir su madre.

Se visten rápido y bajan alborotados por la escalera de madera. Sus pasos y sus voces retumban en todo el edificio. En cada uno de los pisos hay seis habitaciones con ocho o diez camas. Los chicos salen de los dormitorios a un largo pasillo y se dirigen unos a las escaleras de la derecha y otros a las de la izquierda, según su cercanía a las mismas. A las seis menos cuarto bajan los del último piso, a menos diez los del segundo y a menos cinco los del primero. En el patio se colocan también en tres grupos, según los pisos, dirigido cada uno por un profesor. Los tres cuartos de hora de ejercicios gimnásticos culminan siempre con diez vueltas al campo. Después, en perfecto orden, entran al edificio del gimnasio, donde se duchan antes de ir al comedor a desayunar.

Urbano y sus hermanos duermen en la misma habitación, junto con sus amigos Echaide y otros cinco refugiados más. A los hermanos Berasategui los han colocado en un dormitorio del segundo piso. Todos siguen siendo amigos y, siempre que tienen actividades libres, se buscan y juegan juntos. Al grupo se les ha unido otro niño, Agapito, el de Ortuella, que está allí bastante solo y, aunque tiene un carácter un poco nervioso y peleón, es buena persona. Tiene doce años, dos más que José y Ernesto, pero pronto se les empieza a ver siempre juntos a los tres: les gusta explorar los rincones del orfanato, jugar a perseguirse, a esconderse y al balón. A veces, cuando molestan demasiado, reciben reprimendas y algún que otro castigo.

Entre los niños refugiados los hay de otros países: tres de Abisinia (Etiopia) y varios de Italia. También hay huérfanos ingleses, unos ciento cuarenta, que duermen en el otro edificio y con los que no se relacionan mucho. Aparte de la dificultad del idioma, estos niños se sienten en casa y miran a los refugiados por encima del hombro. Los italianos y abisinios, por el contrario, se han hecho amigos de los niños vascos. Su situación es parecida y se entienden mejor.

Al poco de haber llegado, una mañana, mientras juegan en el patio, uno de los niños ingleses, nadie sabe por qué, agarra a un abisinio por los hombros y lo zarandea fuerte. Urbano, que presencia la escena, no puede contenerse y sale en defensa del niño, que llora en silencio. El inglés, que se llama William, lo empuja y se burla de él mientras vuelve donde sus amigos. Urbano consuela como puede al abisinio y se acuerda de lo que decía su madre: «*Bihotz ona, baina burua beti zutik*³». Mira con desprecio a William y piensa que se merece una buena tunda. «Algún día te las verás conmigo», le dice en castellano. No sabe cómo, pero está seguro de que encontrará la manera de poner a ese chico en su sitio.

³ *Bihotz ona, baina burua beti zutik*: Buen corazón, pero la cabeza siempre en alto.

Capítulo 4

Un par de semanas después del incidente con el abisinio, durante la comida del mediodía, se acerca el cocinero a su mesa y les pregunta:

— ¿Quién de vosotros conoce algo sobre animales de granja?

—Yo —contesta inmediatamente Juan, el hermano mayor de José. Tiene solo trece años, pero, como en su barrio cogía tordos con trampas, le parece que todo está relacionado, y que sí sabe bastante de animales.

—Pues tú vas a ser mi ayudante con las gallinas y pollos. —Los suelen comprar vivos, y necesita que alguien le ayude a matarlos y desplumarlos.

Así que, a partir de ese día, Juan se convierte en el ayudante del cocinero. Al grupo de amigos, formado por Urbano, Enrique, Ernesto, José y Agapito, se les abre un nuevo espacio donde explorar. El cocinero, Pierre, es francés y ha sido boxeador, así que, en su tiempo libre, le encanta enseñarles a los muchachos cómo lanzar derechazos y zurdazos, y cómo «bailar» las piernas y protegerse con los brazos del ataque del contrincante.

Quienes más disfrutaban de estas lecciones son Urbano y Agapito. Urbano aún recuerda cómo «convirtió a la religión verdadera» a uno de los «ateos» que viajaron con ellos en el barco Habana.

En el campamento de Southampton, sabiendo sus organizadores que muchos de los niños son católicos, les organizan misa los domingos. Esta se celebra en una gran tienda, oficiada por los religiosos que los han acompañado a Inglaterra.

Las rivalidades que surgen entre los niños en el campamento reflejan, a menudo, las diferencias ideológicas de las familias de las que proceden: los hay nacionalistas, socialistas, comunistas, anarquistas... La mayoría son católicos, pero también hay ateos o agnósticos e, incluso, algunos pocos de otras religiones. Cuando los niños pelean entre sí, se insultan como han oído hacerlo a sus mayores: «Rojos, que sois unos rojos», «Vaticanistas, meapilas».

Durante varios domingos, cuando los niños católicos se dirigen hacia la tienda donde se celebra la misa, los persiguen un grupo de «rojos» llamándolos vaticanistas y burlándose de ellos. Uno de esos días, cuando entran en la gran tienda, Urbano se queda en la parte de atrás, pegado a la lona. La misa comienza, pero del exterior no dejan de oírse las voces de quienes los han perseguido por el camino. Urbano se siente cada vez más enfadado y, cuando vuelve a oír un nuevo insulto, sin poder contenerse, lanza su puño hacia el bulto que percibe detrás de la lona. Al momento, alguien cae al suelo y se

oye una voz que, entre sollozos, suplica: «Señor, perdóname. Yo creo en ti...». El niño, al no saber de dónde le ha venido el golpe, cree que es la mano de Dios la que lo ha golpeado. Según cuenta Urbano todo ufano, desde entonces, gracias a esa ayudita divina, nadie los vuelve a insultar.

En St. Peter's, Urbano y Agapito tienen un nuevo objetivo: aprender a boxear para poner en su sitio al tal William. Después de las comidas, aprovechando que tienen tiempo libre, se acercan a la cocina, saludan a Juan y a Pierre, y tras ayudarles a recoger todo, comienzan las clases de boxeo. Pierre les da unas cuantas lecciones básicas de cómo moverse y defenderse, cómo soltar el puño, empujándolo con el brazo desde el hombro para que salga con más fuerza, y la importancia de estar alerta para frenar la posible reacción del contrincante. Pierre corrige sus posturas y les pide golpear sus manos. Los dos están encantados con las lecciones. Después de varias sesiones, el cocinero les dice que ya están preparados para salir airosos de cualquier contienda.

Pronto se les presenta la ocasión. Las tardes de agosto están siendo calurosas y siguen yendo al río a bañarse. Para entonces, casi todos han aprendido ya a nadar, pero uno de los niños africanos aún no lo ha conseguido: solo logra palmo-tear el agua sin avanzar nada. Enseguida se cansa y sale del río.

Esa tarde, Urbano ve que su amigo abisinio abandona el baño antes que nunca. Él continúa nadando y jugando un buen rato más, pero, justo cuando sale del agua, ve que Agapito va hacia el grupo de los niños ingleses y discute con William. Sin pensarlo dos veces, se acerca a ellos rápidamente. Su amigo africano está al lado de Agapito. Al parecer, William ha seguido burlándose del abisinio por su forma de nadar. Urbano, enfadado, se encara también con ellos. No soporta el abuso hacia los débiles. William, en lugar de retractarse, vuelve a reírse y, entonces, Agapito suelta el puño, tal y como le ha enseñado Pierre. William, sorprendido, se abalanza sobre él, pero Urbano, que es más alto y más fuerte, se interpone entre los dos, le sujeta las manos y le grita que no se le ocurra volver a burlarse de Jember, el abisinio, porque, si no, tendrá que verse con sus puños. El místico, al ver el tumulto, se acerca, hace que los tres se separen y los manda al despacho del director. Allí, tras recibir una reprimenda, aún sin ser capaces de explicar bien lo ocurrido, se termina el conflicto.

A partir de ese día, William no volverá a meterse con ninguno de los refugiados. Agapito y Urbano celebran la hazaña, contándoles a los amigos cómo le han cortado las alas al inglesito.

Ese domingo la comida es especialmente buena. A los tres Iturriza les encanta el *shepherd's pie* —como llaman los ingleses a esa masa de patatas que envuelve la carne picada—. Ernesto se sacia enseguida, y Enrique y Urbano se reparten sus sobras, después de haber liquidado sus propias raciones. El gran comedor rebosa de niños hambrientos que solo callan mientras tienen comida en el plato. En cuanto acaban, la algarabía vuelve a estallar.

Desde aquel día, Urbano se sienta al lado de Jember, su amigo africano, con quien cada vez se lleva mejor. El nivel de inglés de los dos es todavía bajo, pero Jember consigue explicarle que su padre es el jefe de su tribu y que, cuando acabe la guerra de allí, irá a buscarlo. No sabe mucho de lo que está pasando en su país. Solo que los italianos han invadido Abisinia, y que Haile Selassie, el emperador, y muchos jefes han tenido que huir. La realidad es que el emperador ha solicitado ayuda para hacer frente a los italianos, pero el gobierno inglés, aunque contrario a esa invasión, no quiere intervenir por temor a que Mussolini estreche más los lazos con la Alemania de Hitler —algo que muy pronto sucederá—.

Urbano, aunque no sabe nada de todo esto, ha conseguido entender de su amigo las palabras «guerra», «padre», «jefe», «emperador...». Lo mira y ve que, cuando termina de hablar, se pone a jugar con la sal. Coge una gran cucharada de sal y se la acerca a la boca. Urbano, por hacerle una broma, le da un golpe en la mano y toda la sal se le mete en la boca. Jember cierra la boca y se traga un buen bocado. Todos lo miran y ven que se va poniendo de todos los colores; pronto tiene que salir corriendo hacia los aseos sin poder contener las náuseas. Urbano, preocupado por lo que le ha hecho, sale disparado tras él. Lo ve inclinado sobre el váter, devolviendo todo lo que ha comido. «*Sorry, sorry...*, no quería. *Are you ok?*», le pregunta apurado. Jember, que es de buena pasta, lo mira y enseguida le sonrío. «*Yes. I'm fine*», pero, nada más decirlo, una nueva arcada le hace inclinarse sobre el inodoro, hasta que lo echa todo.

Cuando termina la vomitona, Jember se refresca la cara, y los dos amigos vuelven juntos a la mesa. Urbano, para compensar su trastada, le ofrece la manzana que tienen de postre. Jember la acepta y, con ese gesto, queda resuelto el incidente.

Capítulo 5

Los días transcurren con rapidez, aunque les resultan un poco monótonos. Hacen su gimnasia matutina, desayunan, asisten a misa y, después de recoger y limpiar su cuarto, salen al patio a jugar. Se organizan partidos de fútbol entre unos y otros y todo tipo de juegos propios de esas edades. A las doce van al comedor a almorzar. Después, tienen un tiempo libre que aprovechan para escribir a la familia y para juegos más tranquilos como el ajedrez, las damas, cartas, etcétera. Por la tarde, a veces van en grupos al pueblo o a caminar por los alrededores. A las siete tienen que estar de vuelta para lavarse y cenar. Para las nueve están todos en sus cuartos, charlan de sus cosas y, a las diez, se apagan las luces. Cada cuarto tiene un encargado, nombrado entre los niños del mismo, a quien tienen que dirigirse si surge algún problema. Los encargados de cada habitación son los que transmiten las peticiones o les cuentan los problemas a los dos tutores responsables de cada piso: una cama que se rompe, una sábana, una bombilla que se funde, quejas por niños que lloran o gritan en sueños. Los traumas por la guerra están en sus pequeñas mentes: los bombardeos vividos, la pena por la separación de sus padres, el no saber si van a volver a verlos...; problemas que afloran en la oscuridad y en el silencio de la noche, y les hacen sufrir.

Los tres hermanos se tienen el uno al otro, se ayudan y se dan consuelo; se acuerdan mucho de su madre y de su hermana mayor, que han quedado en Bilbao.

Un día, por fin, les llega una carta de su *ama* y su hermana Teresa. Es un momento de gran alegría y alivio: les dicen que las dos están bien; que antes de la entrada de los golpistas a Bilbao han huido hacia Santander; que han sido acogidas en un pueblo, justo en la frontera con Cantabria, que se llama Villaverde de Trucios. Que con ellas está también Isabel, la madre de sus amigos José y Juan. Que están seguras, y que allí no los bombardean. Que los echan mucho de menos; que se cuiden; se porten bien, y que pronto volverán a estar todos juntos. A Urbano le piden que cuide de sus hermanos. «*Agur maiteak, laster berriro elkar ikusiko dugu. Asko maite zaituztegu*»⁴.

Al leer estas palabras, los tres hermanos lloran en silencio. Los tres sienten lo mismo: solo quieren volver, volver a su casa, abrazar a su *ama* y a su hermana Tere, jugar en su

⁴ *Agur maiteak, laster berriro elkar ikusiko dugu. Asko maite zaituztegu*: Adiós, queridos, pronto nos veremos de nuevo. Os queremos mucho.

barrio, bañarse en su playa... Esa noche no pueden dormir bien. Desean que se acabe esa maldita guerra cuanto antes.

Sus amigos, Agapito, Juan y José, también han recibido cartas de sus madres, y están igual de deprimidos que ellos. Así que a todos les viene muy bien oír al místico que ese sábado irán de excursión. Visitarán un antiguo castillo que está en una ciudad muy bonita que se llama Durham. Irán en autobús, cada uno llevará una bolsa con sus bocadillos (*sandwiches* los llaman allí) y jugarán cerca de un río. Al oírlo, todos se ponen a lanzar gritos de alegría.

El sábado amanece un poco nublado, pero, aunque es septiembre, la temperatura sigue siendo veraniega. El verano ha sido más caluroso que lo habitual y parece que va a durar. Después de desayunar y de que cada uno recoja su bolsa con la comida, salen y, en fila, esperan a que lleguen los autobuses. Están repartidos en tres grupos de cincuenta. Encabezando cada grupo va uno de los *misters* que los atienden: Mr. Bread, Mr. Donaham y Mr. Clifford. Urbano está contento porque les ha tocado con Mr. Donaham, quien, a pesar de ser un hombre muy serio, es muy buena persona: siempre les perdona los castigos y, cuando está contento, se divierte con ellos, sobre todo cuando se bañan en el río.

En cuanto llegan los autobuses, empiezan el alboroto y los empujones para entrar. Pero, de pronto, se oye un grito:

—*Stop! Get out. Everybody, out!!!*⁵

Mr. Bread, enfadado, les hace retroceder a todos, les ordena ponerse en fila y solo cuando se calman les permite entrar, en silencio y en orden.

Ernesto y Enrique se sientan juntos. Detrás de ellos van Urbano y Agapito. Juan y José están también cerca, así como dos abisinios y dos italianos. Mr. Donaham los recuenta y les dice en inglés que recuerden con quién y dónde están sentados, que a la vuelta se sentarán igual. Urbano se pone contento porque ya le entiende todo. Le habría gustado recibir clases de inglés para aprender a escribirlo y hablarlo, pero son muchos niños, no tienen personal suficiente para darles clases y tampoco saben cuánto tiempo van a permanecer aquí —parece que no mucho—, por lo que la organización decide que

⁵ *Stop! Get out. Everybody, out!!!: ¡Parad! ¡¡¡Salid todos, fuera!!!*

lo más importante, de momento, es que tengan un sitio donde vivir seguros y bien atendidos, en espera de que termine la guerra.

El trayecto hasta el castillo es largo: tardan dos horas en llegar. Los niños miran por las ventanillas y contemplan el paisaje, y, de vez en cuando, el místico les explica por dónde pasan, qué son los edificios grandes que ven, y les habla de reyes y reinas de Inglaterra y de sus famosas batallas.

Urbano presta atención y trata de entender todo lo que les dice. A veces lo consigue, pero otras no y se desespera... «No voy a aprender este idioma nunca, parece que se comen las palabras». Cada vez que el místico o alguno de los empleados de St. Peter's le pregunta algo, intenta contestar lo mejor que puede, pero, muchas veces, se le traba la lengua y no consigue hacerse entender. «Tengo que lograrlo», se dice a sí mismo. Le gusta este idioma, le gustan los ingleses, se están portando muy bien con ellos, y esta es su manera de mostrarles su agradecimiento.

En cuanto el místico se calla, Agapito lo saca de su ensimismamiento:

—Mira, mira qué toro más enorme se ve allí. —Y le señala un animal con unos cuernos enormes—. Nunca he visto un toro así de grande. Nuestros toros son muy diferentes. Cuando volvamos, le voy a preguntar al cocinero si se come su carne. ¡Igual es la que comemos en el pastel ese que tanto te gusta, Urbano!

—Seguro que sí, por eso nos estamos poniendo todos como toros. *Begira, begira*⁶. —Urbano se levanta la manga y, doblando el brazo, saca su bíceps, que crece al tensionarlo.

— ¡Uaaah...! Estás fuerte. ¿Cómo lo consigues? Mira mis brazos... —Agapito intenta sacar su bíceps, pero este es muy pequeño en comparación.

—Me gusta la gimnasia y, siempre que puedo, hago pulsos, como nos enseña el místico —le contesta Urbano, orgulloso de la admiración que ha despertado en su amigo—. Antes de dormir hago flexiones en el suelo junto a la cama y, cuando bajamos al río, tengo localizada la rama de un árbol de donde me cuelgo para hacer pulsos. Procuero hacer varios antes de nadar en el río.

—Yo también quiero hacerlos para tener más fuerza. El cocinero a veces me sigue entrenando a boxeo, pero cada vez menos.

—Vale, la próxima vez que bajemos al río vienes conmigo y te enseño.

⁶ *Begira, begira*: Mira, mira.

Los dos amigos continúan charlando, hasta que el grupo de los que están sentados en la parte de atrás empieza a cantar canciones en vasco. Todo el autobús se une a ellos: «*Boga, boga, mariñela... mariñela. Joan behar degu urrutira, urrutira... Mariñela!*». Entonan una canción tras otra y, de esa manera, sin darse cuenta, llegan a su destino. Antes de bajar, Mr. Bread les explica las normas: tienen que permanecer todos *together* (juntos); no pueden tocar nada en el castillo (*don't touch*); y, a las doce, todos deben estar en el *garden* (jardín) *by de river* (cerca del río).

El castillo es enorme, de película; tiene varias torres y muros terminados en almenas. Suben unas escaleras y llegan a la primera torre, desde la que se divisan los campos y bosques de alrededor y, abajo, el río que serpentea y pasa bajo un puente de piedra. En el interior, atraviesan varias salas de techos altos, con chimeneas y algunos muebles, hasta que llegan al gran salón, que, según les cuentan, fue el más grande de toda Gran Bretaña y, aunque en su momento se acortó, todavía tiene catorce metros de alto y treinta de largo. Este lugar se utiliza como comedor para los estudiantes de la Universidad de Durham. Desde 1840 la torre del homenaje del castillo es residencia de estudiantes de la universidad. Por ello, el acceso a esa torre no está permitido.

Las estancias que atraviesan son de piedra, y están decorados con banderas o alguna armadura medieval. Los niños no pueden dejar de imaginarse historias de luchas y conquistas mientras suben y bajan y atraviesan pasillos. Desde una zona de la muralla protectora disparan a los supuestos enemigos que sitian el castillo.

Al poco la visita ha terminado, bajan al patio y salen por la puerta principal. Frente a la gran catedral los *misters* les ordenan reagruparse, y, a continuación, se dirigen hacia el río. Allí, en un pequeño jardín, almuerzan.

Después, y hasta la hora de volver al autobús, no dejan de jugar a luchas y a batallas. Se sienten caballeros de otro tiempo, y con el fragor de las imaginarias batallas se les pasa el tiempo volando. Cuando llega la hora de partir, les cuesta dejar sus juegos, obedecer a los profesores y volver a los autobuses.

La excursión no ha podido ser más divertida. Están ya todos sentados cuando alguien da la voz de alarma: faltan dos niños, Pedro y José Mari, del segundo autobús. Los tres *misters*, nerviosos, preguntan si alguien los ha visto. Varios dicen haber jugado con ellos en el jardín, mientras comían, pero después nadie los ha vuelto a ver. Mr. Bread ordena a tres de los mayores que lo acompañen, uno de ellos Urbano, y salen en su busca. Vuelven sobre sus pasos y van de nuevo al jardín. Lo recorren todo, pero no los

encuentran. El tiempo pasa y la preocupación se refleja en sus caras. Está anocheciendo y los dos niños siguen sin aparecer.

Mr. Bread, desesperado, propone volver al castillo. Retroceden todavía más, y suben la cuesta hacia la explanada entre la catedral y el castillo. Al llegar, divisan dos figuras que pelean con espadas justo a la puerta del castillo. El grito del míster hace que las personas que están alrededor los miren sorprendidas. Los dos niños, al oírlo, se paran en seco y lo miran extrañados. Mr. Bread con voz enérgica les manda acercarse inmediatamente:

—*Come here, come here! You're stupid, silly boys... We are in the bus, waiting for you... and you're here, playing... Come here immediately!!!!*⁷

Los niños, asustados, se acercan corriendo... «*Sorry, sorry...*».

El míster está tan enfadado que no puede evitar darles dos collejas. Después, malhumorado, les hace volver a todos a la carrera hasta el autobús. Ya hablarán en St. Peter's. Esos dos mocosos les han hecho pasar un mal rato y merecen un escarmiento.

El camino de regreso transcurre en silencio. Anochece y los niños, cansados de la excursión, dormitan. Tampoco es cuestión de armar mucho ruido, tal y como están los ánimos de los *misters*.

Esa noche en el comedor faltan dos niños: Pedro y Miguel, quienes, tanto ese día como el resto de la semana, tendrán que irse a la cama sin cenar.

⁷ *Come here, come here! You're stupid, silly boys... We are in the bus, waiting for you... and you're here, playing... Come here immediately!!!!*: Venid aquí, sois tontos, niños tontos... Todos estamos en el autobús, esperándoos... y vosotros aquí, jugando... ¡¡¡Venid aquí inmediatamente!!!

Capítulo 6

Miro hacia arriba mientras hago pulsos colgado de mi rama favorita. «Otro más — pienso, y me elevo de nuevo sobre mis brazos». Ya he contado once, pero quiero llegar a quince». Sé que, si soy constante, lo conseguiré. Otra tarde que no me ha visto nadie venir al río. Haré mis flexiones y volveré antes de que alguien se dé cuenta.

¡Me gustan tanto esos momentos de soledad! Así puedo concentrarme y conseguir nuevos retos, ya llevo trece..., y además están los árboles, el río, el sonido constante del agua, el olor a hierba..., catorce... ¿Dónde estarán ahora la ama y Teresa? ¿Estarán a salvo?... No sé por qué siempre se enfada tanto la ama conmigo, igual es porque le contesto demasiado. A los demás no les riñe tanto. En Bilbao era otra cosa, éramos una piña. ¡Qué miedo pasamos cuando la bomba cayó tan cerca y a Teresa le cayeron encima los escombros, y casi se muere! Salió muy asustada, bueno, todos nos asustamos mucho, la verdad. Espero que Dios las esté protegiendo. Yo tendría que estar allí, ya tengo catorce años, podría luchar en el frente, podría ayudar a salvar a mi país, acabar con esos cerdos asesinos que nos matan.

La rabia me desconcentra y no consigo hacer otro nuevo pulso. Cansado, me dejo caer con suavidad al césped. Intento olvidarme de la guerra, y mi mente vuelve a la realidad del momento. Miro hacia arriba y me quedo un buen rato tumbado, disfrutando de la variedad de colores que tienen ya las hojas: algunas continúan verdes, pero muchas se han puesto amarillas y otras rojas. Sobre ellas se ve el cielo azul con nubes blancas que se mueven despacio en la misma dirección de la corriente del río. Junto al sonido constante del agua oigo el trino de algunos pájaros. Trato de distinguirlos entre las hojas, pero solo después de un rato veo salir a dos de ellos volando rápido y desapareciendo entre otros árboles. Mi alma se ha serenado de nuevo.

El runrún del agua me adormila. Recuerdo los baños de este verano. Incluso durante todo el mes de septiembre hemos seguido bajando al río, porque ha hecho bueno. Durante este mes de octubre, aunque algunos días son cálidos, las noches son ya muy frías, y cada vez llueve más. Por ahora, todavía puedo disfrutar de momentos como este, luego ya se verá. Respiro hondo y expulso el aire. Me siento feliz. Permanezco un rato tumbado hasta que me empiezo a enfriar: es hora de volver al colegio. «Mañana, si puedo, vendré de nuevo».

Cuando llego, veo que Enrique, Ernesto, José y Agapito están jugando un partido de fútbol con otros compañeros. Al verme, me dicen que me una a ellos. Sin detenerme, les digo que no: quiero ir a la biblioteca y continuar leyendo el libro que he empezado. Aunque todos los libros de la biblioteca están en inglés, yo quiero leerlos, así que intento entenderlos y, de paso, aprendo el idioma. Cojo el diccionario inglés-español y no me importa pasar horas con la novela que he elegido. Cuando algún párrafo se me resiste, le pido a Peter, el encargado de la biblioteca, que me lo explique. Él me habla despacio y claro, y así, poco a poco, voy avanzando. Cada vez disfruto más de mis lecturas. Aunque sé que durante el invierno voy a echar de menos las bajadas al río, voy a tener más tiempo para leer y aprender, y eso me gusta.

El libro que estoy leyendo ahora se titula Las aventuras de Tom Sawyer, de Mark Twain. Según me explicó Peter al prestármelo, el escritor es americano y cuenta las aventuras de un niño pobre, justo antes de una guerra que hubo en América. Cuando me lo dijo pensé que casi parecía mi propia vida, así que me puse a leerlo con mucho interés. Luego, según avanzaba, me di cuenta de que la novela refleja un mundo muy diferente al mío, pero me da igual. Me encanta lo valientes y atrevidos que son tanto el protagonista como su mejor amigo, Huckleberry Finn. Mientras leo, aunque no lo entienda todo, estoy tan metido en sus aventuras que se me olvidan mis problemas. Peter, el bibliotecario, siempre me tiene que avisar cuando llega la hora de ir a cenar. Entonces, haciendo un gran esfuerzo, regreso del mundo del Misisipi, «el Indio» Joe, los tesoros, islas y cuevas, y vuelvo a la realidad. De golpe, me siento hambriento y salgo disparado hacia el comedor.

Mis hermanos y amigos, en cuanto me ven aparecer, me preguntan impacientes por las últimas aventuras de Tom. Se las cuento encantado, pero, sin que ellos lo sepan, añado de mi propia cosecha algunos datos y hechos de los pasajes que no he entendido. Los dibujos me dan muchas pistas y me ayudan a imaginar lo que les pasa a mis amigos del Misisipi.

Después de cenar y de recoger la mesa, nos dirigimos a la sala de juegos. Vamos a jugar al parchís. Agapito también quiere, así que Ernesto le cede su sitio. Prefiere entretenerse con sus chapas. A los más pequeños les gusta mucho jugar con ellas. Cada vez que encuentran una chapa la guardan, la rellenan con papeles brillantes y hacen

carreras. Las chapas avanzan por circuitos señalados, golpeándolas con el dedo corazón. No está permitido empujarlas, así que discuten mucho sobre ello:

—No, no vale, has hecho trampa. La has empujado.

—No, no la he empujado. La he golpeado con el dedo.

—Te he visto, creías que miraba al otro lado, pero te he visto. Ponla otra vez en su sitio.

—No es verdad, no la voy a poner. Te he ganado.

—Pues no juego más contigo. Me llevo mis chapas, eres un tramposo.

Las chapas han estado de moda entre los más pequeños todo el mes de septiembre, hasta que se cansaron y empezaron a jugar a «peleas». Ahora, están más tranquilos y juegan con nosotros al parchís y a las cartas. ¡A ver cuánto les dura!

Esta noche hemos jugado dos partidas. En la primera ganó Enrique, y en la segunda yo, así que todo ha quedado en casa. Agapito y José, bastante contrariados, nos han pedido la revancha. Les digo que no, que ya es tarde, y subimos al dormitorio. Aunque enfurruñados, aceptan. Le tomamos el pelo a Agapito porque se enfada mucho cuando pierde, él protesta diciendo que siempre le comemos las fichas a él. Finalmente quedamos en jugar otra partida al día siguiente. Para cuando el encargado del dormitorio pasa a apagar la luz, reina la armonía de nuevo entre nosotros. En la oscuridad pienso en lo poco que nos gusta perder a todos, aunque... a algunos menos que a otros.

Capítulo 7

Ya es diciembre y se acerca la Navidad. Los niños pronto se dan cuenta de que los ingleses la celebran con tanta o más ilusión que en el País Vasco. Desde la primera semana del mes, empiezan a colocar adornos navideños en todas las estancias del internado: dormitorios, pasillos, comedor, sala de juegos... Adornan la entrada y las ventanas de los edificios del orfanato con luces, y en la sala del comedor colocan un gran árbol.

Los profesores les informan que el día de Nochebuena se celebrará en el salón de actos un festival de Navidad, y que los niños de cada dormitorio tendrán que realizar una actuación: canciones de su país, bailes o representaciones teatrales. A los del dormitorio de Urbano y sus hermanos, Mr. Donaham les propone representar un cuento de Dickens, que él adaptará, simplificando las frases, para que puedan hacerlo en inglés. Se necesitan voluntarios para preparar la obra.

Enseguida, varios de los niños levantan la mano. El místico elige a seis de ellos y, durante todas las tardes del mes, se dedican a ensayar la función. Entretanto, los demás elaboran adornos navideños mientras escuchan por los altavoces villancicos. Poco a poco, la escuela se va ambientando y adquiere la calidez que imprime la Navidad. El pueblo de Gainford también está muy adornado, y los escaparates de las pocas tiendas que hay se llenan de productos navideños. A St. Peter's llegan ofrecimientos de familias del pueblo y de Darlington para que algunos niños pasen las fiestas en casas particulares. Buscan, sobre todo, niños de diez o menos años, por lo que pueden apuntarse tanto Ernesto como José, pero los tres hermanos deciden no separarse y pasar las Navidades todos juntos en el centro.

El día 24 los niños se levantan nerviosos: esa mañana va a celebrarse la gran función de Navidad. Después de desayunar, los grupos que actúan van al gimnasio para hacer el último ensayo. La función empezará a las once. Asistirán las autoridades locales, el director de St. Peter's y los representantes de las organizaciones que han contribuido con dinero a la acogida de los niños vascos. Ese día no hay gimnasia, pero todos se duchan con esmero, se visten con sus mejores ropas y, como pinceles, se dirigen al salón de actos, donde va a celebrarse el acto.

Muchos de los invitados ya están allí. Vestidos muy elegantes, les sonríen con amabilidad al verlos entrar. Algunas mujeres se les acercan y les preguntan: «*How are*

you?». Ellos ya saben cómo contestar: «*Fine, thank you*». Ellas, complacidas, les estrechan la mano. Se sienten contentas de estar contribuyendo a que esos pobres niños estén a salvo y de verlos con buen aspecto y sonrientes. Al mismo tiempo, entienden lo difícil de la situación que están viviendo, tanto porque la guerra continúa en su país como por lo doloroso que tiene que ser estar separados de sus padres y no saber cuándo se van a poder reencontrar. Como personas solidarias que son, están dispuestas a hacer todo lo que está en sus manos para aliviarlos, especialmente en esos días tan señalados.

Tras los saludos, todos se sientan y da comienzo la función.

El director de St. Peter's, Mr. Graham, da las gracias a las autoridades y a los donantes por su generosidad y su ayuda, explica los esfuerzos que hacen en el centro por atender lo mejor que pueden a los niños y agradece encarecidamente el trabajo de los educadores y del personal. Después, da paso a Mr. Fall, el encargado del evento, que explica el orden de las actuaciones que van a tener lugar.

En total, son diez distintas, todas ellas preparadas con gran ilusión y entrega por parte de los niños. Algunos grupos cantan canciones en inglés, otros cantan los villancicos más populares en español, y otros en vasco. También hay un grupo que baila la *ezpatadantza* y el *aurreku*, bailes típicos vascos, y un par de ellos hacen representaciones teatrales.

El grupo del dormitorio de Urbano tiene un gran éxito con su representación teatral, y son muy aplaudidos. En ese momento, Urbano lamenta no haber participado en la obra; para esas cosas es bastante tímido, nunca se ha puesto sobre un escenario y piensa que no sería capaz de dominar sus nervios. Lo suyo es más el deporte, la lectura silenciosa y el estudio. Lo que más le ha gustado de todas las actuaciones han sido precisamente los teatros, ya que se ha metido de lleno en las historias que veía, como si fueran reales. Le han entrado muchas ganas de leer los cuentos de Dickens y saborear más despacio lo que tan bien han representado sus amigos sobre el escenario.

Cuando termina la función, todos aplauden a rabiar. Están contentos. El esfuerzo realizado ha merecido la pena. El ambiente creado les ha hecho sentirse valorados y cuidados, y, más que nunca, que no están solos, que forman parte de una comunidad de personas generosas que los han acogido, los cuidan y alimentan y, además, parece que valoran sus habilidades. El espíritu navideño los envuelve a todos.

Sin embargo, esa Nochebuena algunos se quedan frustrados cuando ven que no hay nada extra para cenar. Nuestros amigos ya lo sabían, Juan —que sigue de ayudante de cocina— se lo había contado: los ingleses tienen la costumbre de hacer comidas

especiales el día de Navidad y el siguiente —*boxing day* lo llaman—, pero no en Nochebuena. Aunque la desilusión de la cena se ve compensada a la mañana siguiente. Cuando se despiertan, comprueban que todos tienen un pequeño regalo sobre su cama. Felices, abren el paquete y se lo muestran a los demás. Son sencillos juguetes, donados por la gente del pueblo para que los niños no pierdan la ilusión: balones, cochecitos, bolsa con canicas, tirachinas... La mañana la tienen libre, así que, alborozados, después de asearse y vestirse bajan al aula de juegos a estrenar sus regalos. Y el día de Navidad de 1937 ven que la comida sí va a ser especial. Las mesas del comedor aparecen llenas de viandas. Comen un pavo delicioso, acompañado con ricas salchichas envueltas en tocineta, coles de Bruselas —que nadie prueba— y deliciosas patatas asadas —que desaparecen rápido—, todo rociado con una salsa fuerte que llaman *gravy*, que se pone sobre el pavo y está de rechupete.

¡Verdaderamente los cocineros se han esmerado! Por lo que les ha contado Juan, llevan toda la semana preparándolo, y el personal de cocina ha tenido que ser reforzado. Son muchas personas para comer: niños, maestras y cuidadores que han viajado con ellos desde Bilbao, personal del centro...

El postre también es extra: un *pudding* «muy rico» —según dice Ernesto, que es muy goloso, y se ha comido su trozo y el de su hermano Enrique—, hecho de bizcocho, pasas, bañado con *cream* y chocolate. «¡Humm, todo delicioso!». Al final, el pobre Ernesto ha comido tanto que acaba vomitando y, con un fuerte dolor de estómago, tiene que irse a la cama.

Los demás terminan el día cantando villancicos a voz en grito, tanto en vasco como en castellano. Solo cuando se acuestan, en la soledad de sus camas, a más de uno se le escapa alguna lágrima al acordarse de sus casas y de sus seres queridos.

Capítulo 8

La Navidad pasa demasiado rápida para su gusto. Los niños acogidos para celebrarla en familias regresan a St. Peter's, muchos de ellos con regalos para sus hermanos y amigos; regalos sencillos, como peonzas, chokolatinas o algunas golosinas. Cualquier cosa es aceptada como un tesoro y provoca la envidia de los demás. Pronto la situación se normaliza, y todos vuelven a ser iguales.

La vida diaria en enero es más dura. Hace mucho frío y, a veces, las cañerías se congelan y no tienen ni agua. A casi todos les salen sabañones en los dedos de los pies, y muchos se resfrían. Los tres edificios, al ser tan grandes, son difíciles de calentar, especialmente los pasillos, escaleras y dormitorios. A la hora de dormir se cubren con varias mantas hasta los ojos y, por la mañana, les da mucha pereza levantarse de las camas y perder el calor que han logrado. Pero Mr. Donaham no perdona, hay que madrugar.

Durante esos fríos días les dejan estar más tiempo en la sala de juegos (*playroom* la llaman), y apenas salen al campo exterior. Han comenzado también a recibir clases de inglés y de matemáticas, estas últimas a cargo de las profesoras vascas que han viajado con ellos.

Enero también les trae un cambio importante: algunos niños empiezan a ser reclamados por sus padres. La guerra en España no ha terminado, pero, tras la caída de Bilbao, la lucha en el País Vasco no dura mucho: para septiembre de 1937 el Frente Norte ya ha caído. La situación de los vencidos es muy complicada, con muchos hombres encarcelados, o muertos, muchas personas huidas y muchas familias separadas. Poco a poco, cuando los padres o madres consiguen volver a sus hogares, empiezan a reclamar la vuelta de sus hijos refugiados en Francia o en Inglaterra.

En el orfanato, en enero, a la hora del desayuno, se empieza a llamar a niños para que pasen por la oficina del director. Allí les explican que han sido reclamados por sus padres, por lo cual a finales del mes volverán a su país. Antes tendrán que recoger sus pertenencias, dejar sus camas y taquillas limpias, y prepararse para el viaje. Irán en tren hasta Dover, acompañados de miembros de la Cruz Roja o de personas de la organización de acogida a niños refugiados; una vez allí, embarcarán para Calais, en Francia. Luego, en tren hasta la frontera de Irún, donde la organización se encargará de entregarlos a sus padres.

Cuando parte el primer grupo de niños repatriados, los que se quedan experimentan una mezcla de sentimientos: muchos sienten pena, porque no los han llamado a ellos o porque se separan de sus amigos; otros se alegran por los que se van, e incluso alguno suspira aliviado porque no vuelve todavía.

Urbano es uno de estos últimos. Él se siente muy feliz en Inglaterra, y no tiene prisa por volver. Hace poco les ha llegado una carta de la *ama* y de su hermana Teresa, diciendo que han vuelto del pueblo de Santander a Bilbao. Así que él, sabiendo que ellas están bien y pensando que tal vez no le queda mucho tiempo para seguir en Inglaterra, ha decidido sacarle el máximo partido a la situación. Come todo lo que puede —piensa que en su tierra la comida escaseará—, hace todo el ejercicio físico que puede —quiere estar fuerte para cuando vuelva, no sabe el tipo de trabajo que tendrá que hacer a la vuelta— y, dándose cuenta de que seguramente no podrá seguir estudiando —que es su gran pasión—, decide seguir aprovechando la biblioteca y asistir a todas las clases que se organizan en la colonia.

Las clases de matemáticas son muy simples. Orientadas a los pequeños, solo trabajan las cuatro operaciones básicas y los números. A veces, Urbano asiste a las mismas para ayudar a la maestra, pero allí él no aprende nada. A donde no falla es a las clases de inglés de Mr. Riley, el responsable del segundo piso, que antes ha sido profesor en otro colegio. Este les hace aprender los verbos, el vocabulario básico y las expresiones especiales inglesas. También les manda leer pequeños textos y traducirlos al español. Urbano siempre estará agradecido a Mr. Riley por el interés que se toma con ellos y, sobre todo, por lo afable que es. Cuando los ve preocupados o tristes, comprende perfectamente su situación e intenta animarlos: «*Cheer up, cheer up!*⁸» son las palabras que más repite.

Los juegos en la *playroom* también continúan. Un día de febrero en el que el tiempo es bastante malo, Agapito, agobiado porque está perdiendo y, según dice: «Necesito aire, necesito aire», abre la ventana que tiene cerca, con tan mala suerte que el viento la empuja y hace que golpee con fuerza contra la pared, el cristal se rompa y caiga al suelo con un fuerte ruido.

En la gran sala se hace el silencio, y el místico se acerca a ellos:

⁸ *Cheer up, cheer up!*: ¡Animo, ánimo!

—*What has happened?*⁹. —Ve los cristales en el suelo, y añade—: *Who has broken it?*¹⁰

Nadie responde. Los cinco amigos, Ernesto, Enrique, Urbano, José y Agapito, sentados en la mesa junto a la ventana, miran hacia abajo. Ninguno quiere delatar a Agapito.

—*Who has broken it?* —vuelve a decir el míster.

Nadie responde. Mr. Bread está cada vez más enfadado. La disciplina es la primera premisa para que la colonia funcione. Los niños ya se han adaptado a la misma, ya no son aquellos que llegaron asustados a un sitio desconocido. Mr. Bread sabe que son buenos chicos, pero niños al fin y acabo, que necesitan que los adultos les marquen el camino de lo que se puede hacer y de lo que no. El cuidado del centro que los ha acogido, el respeto a los demás, el respeto a las normas, son imprescindibles para que todo funcione. Así que, por última vez, pregunta quién lo ha hecho, quién lo ha roto. Al no recibir respuesta, decide ponerles un castigo, el primero que se le ocurre. Recogerán los cristales con cuidado de no herirse y, después, permanecerán allí, todos de pie y de cara a la pared, hasta la hora de cenar.

Los niños obedecen sin protestar. Cuando ya llevan veinte minutos en esa postura, Agapito, avergonzado de no haber dicho nada, va a confesar su culpa justo cuando Mr. Bread, muy serio, les levanta el castigo. Pueden sentarse, pero que otra vez tengan más cuidado y no abran las ventanas. Mr. Bread es severo, pero tiene buen corazón.

Esa noche, en el cuarto, los cuatro amigos golpean con sus almohadas a Agapito:

—*Alu hau!!!* Qué cabrón, por tu culpa nos quedamos casi dos horas de pie mirando la pared. Nos lo vas a pagar. Ya verás ahora lo que es bueno... —Y le dan con las almohadas, le hacen cosquillas, se le ponen encima mientras él trata de defenderse:

—Parad, parad, que yo no he hecho nada. Solo he abierto una ventana. La culpa la tiene el viento, él ha roto el cristal.

—¿Viento?..., viento te vamos a dar a ti.

Agapito consigue soltarse, y es él quien los persigue. Ellos se parapetan detrás de las camas y, después, todos a una, vuelven a agarrarlo y derribarlo sobre la cama. Los demás niños de la habitación los miran divertidos y les dicen:

—¡Eso, eso, dadle duro!

⁹ *What has happened?*: ¿Qué ha pasado?

¹⁰ *Who has broken it?*: ¿Quién lo ha roto?

Con tantas risas y gritos no han oído al encargado del pasillo que vigila las habitaciones. Se asoma y ve a los cinco amigos sobre Agapito. Cree que es una pelea en serio, pero cuando se acerca para separarlos comprueba que en realidad están fingiendo y pasándose bien...

—*Stop, it's enough! Go back to bed!*¹¹.

Al oír su voz, los chicos paran, recogen sus almohadas y se acuestan. Todavía se les escapan algunas risas, pero, como Thomas sigue en la puerta observándolos con cara seria, poco a poco se van calmando hasta quedarse en silencio.

—*Keep quiet and sleep!... Good night*¹².

Apaga la luz y enseguida la habitación se llena de una sinfonía de ronquidos, más de uno duerme ya a pierna suelta.

¹¹ *Stop, it's enough! Go back to bed!*: ¡Parad, es suficiente! ¡Volved a la cama!

¹² *Keep quiet and sleep!... Good night*: ¡Silencio y a dormir!... Buenas noches.

Capítulo 9

En febrero sigue haciendo mucho frío y el agua de las cañerías se hiela, por lo que, al despertarse, no tienen ni una gota para limpiarse las piernas. Ese mes el místico se ablanda un poco y les dice que harán los ejercicios matutinos en el gimnasio hasta que la temperatura suba de los cero grados. Tampoco se trata de congelarlos, les dice con una media sonrisa.

El número de niños alojados ha empezado a descender por el regreso de los primeros reclamados por sus padres. La noche anterior, el director ha llamado a su despacho a otros cuatro hermanos y les explica que partirán en cuanto se forme una nueva expedición, a finales de febrero.

Hoy los ejercicios consisten primeramente en calentamientos de piernas y brazos, y después en toda clase de carreras a lo largo del gimnasio: con pasos cortitos, con grandes zancadas, hacia atrás, sobre una pierna, sobre la otra..., sin parar, durante al menos media hora, hasta acabar empapados en sudor. Después, se tumban en el suelo y, ayudándose de dos en dos, hacen abdominales. Urbano siempre procura hacerlos con Jember, que es de su misma edad y con el que se sigue llevando muy bien. Como ahora los dos saben más inglés, se entienden mejor. En las carreras en el campo exterior, Jember destaca sobre los demás: es muy rápido y tiene mucha resistencia. Está acostumbrado a recorrer muchos kilómetros para asistir a la escuela o ir a por agua al pozo. Está delgado, pero fuerte. Las otras modalidades de gimnasia no le gustan tanto. Las considera demasiado rígidas, aunque las realiza obediente.

Durante las Navidades, ha estado con las familias abisinias exiliadas en Inglaterra. Por lo que oyó a los mayores, parece que Inglaterra va a ayudar al fin al gobierno etíope en la guerra. Todos saben que, sin la ayuda de las potencias occidentales, poco pueden hacer frente al ejército italiano de Mussolini. Al no disponer de armas modernas ni de aviación, los italianos los han vencido con facilidad. Han invadido su país y se han dedicado al pillaje, a destrozar sus aldeas y a matar a sus gentes. Al entrar en su aldea, según se han enterado ahora, mataron a su padre y a uno de sus hermanos. Los odia, y Jember llora mientras se lo cuenta. Él, su madre y otro hermano consiguieron huir antes. Con ayuda —no sabe cómo— pudieron escapar a otro país. Allí se refugiaron en un campamento en el que se quedaron su madre y su hermano, y a él lo mandaron junto con otros niños a Inglaterra mientras durara la guerra. Por eso está en St. Peter's; por eso, y porque son cristianos, como ellos.

Urbano lo mira extrañado, pero Jember le cuenta que Abisinia ha sido cristiana desde hace muchísimos años y tienen muchas iglesias muy bonitas, pintadas con muchos colores. Cuando él era más pequeño, fue con su padre a una ciudad que se llama Góndar, donde se celebra todos los años el Timkat (el bautismo de Cristo), «*Very important for us*», muy importante para ellos. Acuden personas de toda Etiopía a rezar y a recibir las aguas bendecidas. Los fieles visten de blanco, rezan, cantan y algunos se sumergen en un gran estanque creado expresamente para ello por uno de sus reyes. Este año, en uno de los ríos del exilio inglés también han celebrado el Timkat y han pedido protección a Dios; por eso, igual cambiarán las cosas. Jember mira a Urbano sonriente y esperanzado. «Seguro que sí», le contesta este, intentando animar a su amigo.

Los días de febrero transcurren lentamente. El viernes de la segunda semana, se levantan con mucha pereza. Hace de nuevo mucho frío y, al expulsar el aire, este casi se congela en la habitación. Enrique es el primero en saltar de la cama. Se acerca a la ventana y les grita:

—¡Mirad, mirad, está todo blanco, ha nevado mucho...!

Siempre que sucede eso, se sienten muy animados. Rápidamente se levantan y se acercan a las ventanas a ver la nieve, que cubre el campo de juegos y alcanza bastante altura. Todas las ramas de los árboles están cubiertas, hasta las más finas, y los tejados tienen varios centímetros de nieve blanca. Los niños se quedan admirados por la belleza del paisaje.

—¡A ver si nos dejan salir a jugar con la nieve, después del desayuno! —dice Ernesto, entusiasmado con la idea.

Ante esa perspectiva, se visten rápido y bajan al gimnasio. Hacen los ejercicios con entusiasmo y le piden al místico que, tras el desayuno, los deje salir afuera. Este les da su permiso, pero, eso sí, después de hacer sus tareas y limpiar y ordenar cada uno su habitación y los baños.

—*Yes, Mister, of course, Mister* —gritan todos al unísono.

En cuanto terminan, salen entusiasmados al patio: las risas, los gritos, el impacto de los bolazos se oyen por todo el orfanato. Años después, ya de vuelta en su país, los niños recordarán a menudo el placer de esos juegos en la nieve.

El tiempo transcurre rápidamente y, sin darse cuenta, les llega la hora de la comida. Al entrar en el comedor, el olor a sopa caliente y a pan tostado les hace la boca agua. El ejercicio al aire libre les ha abierto el apetito. Devoran la comida con rapidez y, cuando ya tienen el estómago bien lleno, comienza de nuevo la algarabía; no paran de reír y de comentar las carreras y peleas con las bolas de nieve. Para ilustrarlas, varios trozos de pan vuelan por el aire de una mesa a otra.

De pronto, los altavoces hacen ruido y se oye la voz del director, que les pide atención. El bullicio tarda un poco en apagarse. La voz ha empezado a leer los nombres de los nuevos niños reclamados por sus familias.

—*Ixo, Ixo!* —grita alguien—. ¡Callaos, que no se oye!

Finalmente, reina el silencio. La lista esta vez es muy larga. Tras nombrar a unos quince, oyen: «José Echaide, Juan Echaide...», y tres nombres más.

Al principio, los cinco amigos no reaccionan, pero enseguida Juan, el mayor, se levanta y, dando saltos de contento, grita:

—*Gu gara, gu gara... etxera goaz!*¹³.

Se acerca a su hermano y le da un abrazo emocionado. Los demás también reaccionan.

—*Zorionak, lagunak, etxera zoazte!*¹⁴. —Urbano se acerca a Juan y le da un fuerte abrazo, y otro a José. Enrique y Ernesto hacen lo mismo, pero, al momento, Ernesto se para y exclama dolido:

—*Eta gu... zer? Nik ere etxera joan nahi dut!*¹⁵. —Y, sin poder contenerse, empieza a llorar. Enrique, más contenido, no dice nada, pero también llora. Urbano, como es el mayor, hace un esfuerzo y, aunque tiene un nudo en la garganta, logra dominarse. En realidad no sabe lo que prefiere. Al ver tan contentos a sus amigos, le da envidia y no entiende por qué a ellos no los ha reclamado su *ama*. Piensa que estaría bien volver con ellos, volver todos juntos. Hasta ahora ha sido así: juntos han huido de San Sebastián a Bilbao; después, juntos han ido a Southampton; y juntos han llegado hasta Gainford. Pero ahora sus amigos se van y ellos se quedan... Reponiéndose, intenta consolar a sus hermanos:

—*Laster gu ere bueltatuko gara... Ikusiko duzue!*¹⁶.

¹³ *Gu gara, gu gara... etxera goaz!*: ¡Somos nosotros, nos vamos a casa!

¹⁴ *Zorionak, lagunak, etxera zoazte!*: ¡Felicidades, amigos, volvéis a casa!

¹⁵ *Eta gu... zer? Nik ere etxera joan nahi dut!*: ¿Y nosotros qué? ¡Yo quiero ir a casa también!

¹⁶ *Laster gu ere bueltatuko gara... Ikusiko duzue!*: Pronto nosotros también volveremos. ¡Ya veréis!

Juan y José van al despacho del director y este les informa que saldrán en un tren hacia Dover la semana siguiente, el día 17 de ese mes. Antes, tienen que limpiar y recoger todo bien y, la víspera, hacer la maleta con sus pertenencias. Viajarán en un grupo de niños y niñas de varias colonias, en todo momento acompañados por personas de la organización de acogida. Una vez que pasen la frontera por Irún, los llevarán a San Sebastián, donde los recogerá su madre.

Cuando salen del despacho, los dos hermanos Echaide suben a su habitación y se quedan allí un buen rato hablando de sus emociones: de lo contentos que se sienten por volver a casa y estar de nuevo con su *ama* y su hermana María, que también regresará. Hablan asimismo de la pena que sienten porque ya no podrán ver y abrazar a su padre.

Su hermana María los ha mantenido informados de todo. Había viajado con ellos a Inglaterra, pero a ella, por ser mujer, la llevaron a una colonia para chicas en Londres. Cuando ya llevaban un mes en St. Peter's, les llegó su primera carta. Junto con otras veinte niñas estaba en una casa muy grande y muy bonita, con jardines y pista de tenis; estaba contenta porque las trataban muy bien. Y, al poco, les llegó la segunda carta. En ella les decía que tenía noticias tristes: su *aita* había muerto en el frente. El 19 de julio, en una de las batallas de la defensa de Bilbao, en Carranza, las fuerzas rebeldes habían causado muchas bajas entre los *gudaris* y, entre ellas, estaba su padre. Juan, que leía la carta a su hermano José, tuvo que parar cuando se le quebró la voz. José no se lo podía creer:

—*Ez, ez da egia, agian oker daude*¹⁷.

Juan lo miró con tristeza, y acertó a decir:

—*Bai, José, egia da. Aita hil da, amari esan diote*¹⁸.

María les decía que tenían que ser fuertes, que la *ama* no estaba sola, que contaba con la ayuda y el consuelo de Urbana y Teresa; que ahora ellos eran lo único que tenía en este mundo, que se cuidaran y que, en cuanto las cosas se calmaran un poco, los mandaría llamar para volver a reunirse todos.

Por fin ha llegado ese momento. Los dos hermanos se miran y, después de abrazarse, salen de la habitación y buscan a los demás. Los encuentran en el campo, jugando a tirarse bolas de nieve. En cuanto los ven, se les acercan a preguntarles qué les han

¹⁷ *Ez, ez da egia, agian oker daude*: No es verdad, igual se han confundido.

¹⁸ *Bai, José, egia da. Aita hil da, amari esan diote*: Sí, José, es verdad. Padre ha muerto, se lo han dicho a madre.

dicho. Al oírlos, se quedan tristes: se van a ir antes de lo que pensaban. En una semana se separarán y no saben hasta cuándo. Tras un rato de conversación, Juan se va a la cocina —sigue siendo el ayudante del cocinero—, y José se queda con los amigos a jugar un partido en la nieve. El aire frío y el ejercicio ayuda a todos a calmar sus sentimientos.

El día 17 llega pronto. Todos los niños que regresan a casa se despiden de sus amigos en la entrada del edificio que los ha albergado durante estos meses. Antes de subir al autobús, Juan les da la mano a los tres hermanos Iturriza, a Agapito, a los tres abisinios y, por supuesto, a Peter el cocinero, con el que tan buenas migas ha hecho. Ha aprendido mucho con él. No sabe lo que le deparará la vida, pero le gustaría ser cocinero.

—*Bon voyage, Jean, et bonne chance!!!*

Realmente emocionado, Juan sube al autobús que los llevará a la estación de Darlington. Mientras tanto, José se despide también de sus amigos. Todos le dan ánimos. José está feliz, pero, cuando llega hasta Ernesto, el pequeño de los Iturriza lo abraza y empieza a llorar desconsoladamente. Él también quiere irse:

— ¡Yo también me voy, yo voy contigo...! —le dice entre sollozos.

Urbano, sereno, coge a Ernesto y lo consuela diciéndole que ellos también volverán pronto. En el fondo está preocupado porque llevan bastante tiempo sin recibir noticias de su *ama* y de Teresa. Le extraña que no los hayan reclamado a la vez que a sus amigos, pues las dos madres siempre han hecho las cosas juntas. No sabe cuál es la causa y le preocupa. Finalmente, José sube al autobús y este parte hacia la estación.

«Buen viaje, amigos. Espero que pronto nos encontremos de nuevo», piensa Urbano, intentando ser optimista.

Capítulo 10

Ernesto y Enrique recorren los diferentes pasillos y recovecos del edificio destinado a habitaciones. Como es la hora de los juegos en la *playroom*, no hay nadie por allí. Suben por la escalera de la izquierda, que ellos no suelen utilizar, ya que sus habitaciones quedan al otro lado. Las dos escaleras, una a cada extremo del pasillo, son iguales: de madera oscura, peldaños anchos y barandilla con barrotes; el pasamanos, de la misma madera, está ennegrecido por el uso continuo. Los dos hermanos llegan al primer piso y van entrando en los largos dormitorios en los que duermen sus compañeros. Son una réplica exacta del suyo: camas de barrotes de hierro pintadas de blanco, separadas unos centímetros unas de otras; armarios estrechos en las dos esquinas de la entrada; ventanas al frente, hacia el campo de juegos y el río. Entran y echan un vistazo a las cosas que ven sobre las camas: ropa, cuadernos, cartas; después, con cuidado, procuran dejarlo todo en su sitio. Recorren los cuatro dormitorios de la planta (hay, además, otros dos pequeños cuartos, cerrados con llave, donde duermen los supervisores), y suben las escaleras hasta el segundo piso. Allí, entran solo en las dos habitaciones de la izquierda, ven en el suelo una chapa, que es de las buenas, y no pueden evitar quedársela. Salen contentos, con el premio en el bolsillo, y, sin detenerse en su piso, el tercero, suben hacia la buhardilla.

En realidad, ese es el objetivo que los ha hecho salir del *playroom*, con la excusa de ir al servicio. Tienen curiosidad por saber qué hay allí arriba. Alguien les ha dicho que el ático está lleno de juguetes que la gente dona para ellos, pero que no les han repartido.

La escalera acaba en una puerta de madera que parece cerrada. Enrique agarra la manilla e intenta abrirla. Nada, no se abre. Ernesto lo intenta también, pero sin éxito. En ese momento, oyen unas voces. Se quedan quietos escuchando, tal vez son dos compañeros que suben a coger algo de su habitación. Las personas que suben no se paran en el primer piso, siguen al segundo. Según se acercan, se dan cuenta de que son adultos, y no niños. Creen reconocer las voces de Mr. Donaham y la voz femenina de la supervisora, Miss Katy, la que les da las medicinas y les reparte las ropas. Los niños la temen un poco porque tiene muy mal genio. Si alguno le pide ropa nueva porque se le ha roto la que usa, primero, se enfada y, después, le da aguja e hilo para que la remiende. Solo cuando realmente la ropa está muy estropeada, o se les ha quedado muy pequeña, accede a cambiársela.

Los dos hermanos se sienten perdidos cuando oyen que, sin detenerse en el tercer piso, Mister Donaham y Miss Katy siguen ascendiendo hacia la buhardilla. En ese momento cuando, ya creen que no hay nada que hacer, que los van a pillar in fraganti, la pareja se detiene y se queda un rato discutiendo sobre algún asunto. Desesperado, Enrique agarra de nuevo con todas sus fuerzas la manilla y, haciendo un brusco movimiento, logra abrir la puerta. Aliviados, entran rápidamente en la buhardilla. Todo está oscuro, hay muchos bultos, pero no distinguen bien lo que son. Ante el miedo a que los descubran, van hacia el fondo del desván y se esconden. En ese instante, oyen exclamaciones de sorpresa junto con palabras como *open* y *door*.

Mister Donaham y Miss Katy entran, encienden la luz y miran alrededor por si hay alguien allí, pero, al no ver a nadie, se dirigen a una de las cajas que están a la derecha. Los dos hermanos oyen ruidos y la voz de Miss Katy diciendo:

—*Here there are! We need four pairs of boots...*¹⁹.

Desde su escondrijo, los dos hermanos los ven remover otras cajas, hasta que, finalmente, se van. «¡Por fin!», piensan mientras suspiran aliviados. Han tenido suerte, no los han visto. De pronto, oyen el ruido de la llave en la cerradura... ¡Oh, no, no van a poder salir! Tanteando en la oscuridad, se acercan y comprueban que sus temores son ciertos: ¡Están encerrados!, la puerta está cerrada con llave.

Ya sin importarles si los descubren o no, empiezan a gritar y a golpear la puerta. Nadie parece oírlos. Las voces de los dos cuidadores se han alejado y no se oye nada afuera. Insisten, pero nada. Se apuran, pensando que nadie los va a encontrar. Enrique, que es el mayor, enciende la luz y piensa que se tiene que serenar para poder pensar. Ante todo, no debe perder la calma para no preocupar aún más a su hermano.

Cuando la luz ilumina la buhardilla, ven que esta está llena de cajas y muebles viejos. Las abren: allí no hay ningún juguete, solo mantas, ropa y calzado. Se sientan en el suelo, y Enrique dice:

—*Lasai*, Ernesto! Ahora no nos oyen porque no hay nadie cerca. Esperaremos tranquilos y, cuando oigamos que nuestros compañeros suben para dormir, gritaremos y golpearemos la puerta. Seguro que alguien nos oirá.

—Ya... ¿Y si no?, ¿nos vamos a quedar aquí para siempre? Hace frío y no tenemos comida... Nos vamos a morir.

¹⁹ *Here there are! We need four pairs of boots...*: ¡Aquí están!, necesitamos cuatro pares de botas...

—*Ez, ez kexkatu...*²⁰. Ya verás como Urba viene a buscarnos. Se dará cuenta de que no estamos y nos buscará, ya lo verás.

Mientras sus hermanos exploran el edificio, Urbano está en la biblioteca leyendo una nueva novela, pero, como siempre le pasa cuando empieza un nuevo libro, le cuesta mucho entenderla. Sabe que, según avance, le resultará más sencillo, tal vez porque se adapta al lenguaje del escritor, o porque al seguir leyendo obtiene datos que le ayudan a entender mejor la trama. Es entonces cuando empezará a disfrutarla. Hoy no es el caso, por lo que, después de leer a duras penas un par de páginas, decide dejarlo e ir a la sala de juegos.

Cuando llega, ve que sus hermanos no están. Al preguntar por ellos, Agapito le dice que se han ido al baño, pero que de eso hace ya bastante tiempo. Urbano va a ver, pero allí no hay nadie. «¡Qué extraño! ¿Dónde se habrán metido? Normalmente están siempre con los demás, nunca se van por su cuenta. Voy a buscarlos, no vaya a ser que se hayan metido en algún lío», piensa.

Primero, sale al patio por sí, a pesar del frío, han decidido jugar fuera. El patio está vacío. Después, se acerca al edificio principal a ver si están en los baños al lado del comedor. Pero tampoco. Entonces piensa que tal vez hayan ido a coger algo a su habitación. Entra en el edificio y sube por las escaleras hasta su dormitorio. Allí no hay nadie. «¿Estarán en otra habitación, con algún amigo?», piensa, cada vez más extrañado de no verlos por ningún sitio. A veces, aunque no les permitan estar en sus habitaciones hasta después de cenar, algunos se escapan y lo hacen. Revisa todas las habitaciones del tercer piso, llamándolos de vez en cuando por sus nombres, aunque procurando no chillar mucho por si están cerca los *misters*.

Entra en la última habitación del otro lado del pasillo, pero allí tampoco hay nadie. Ya se dispone a bajar las escaleras y hacer lo mismo en las habitaciones de los pisos inferiores, cuando ve las escaleras que se dirigen a la buhardilla... «Estos hermanos míos, ¿no habrán subido por aquí?», piensa. Aunque le parece extraño, decide comprobarlo. Sube las escaleras y los llama con voz velada:

— ¡Ernesto, Enrique! *Hor zaudete?*²¹. —Siempre que están un poco nerviosos o emocionados, hablan en vasco.

²⁰ *Ez, ez kexkatu...*: No, no te preocupes...

²¹ *Hor zaudete?* ¿Estáis ahí?

Comprueba que la puerta está cerrada y, justo en el momento en que se da la vuelta para bajar, oye la voz de Enrique:

— ¿Quién es? ¡Estamos aquí! ¡Estamos encerrados!

— Enrique, Ernesto, *hor zaudete? Urba naiz*²².

— ¡Urba, *bai, hemen gaude!*²³.

Enrique y Ernesto, a través de la puerta, le explican lo que les ha pasado. Ernesto solloza, aliviado. Urbano los tranquiliza y les dice que va a buscar a Miss Katy para que les abra.

Esta no puede creer lo que le cuenta. Al principio, piensa que Urbano no se expresa bien en inglés y que no le ha entendido; pero como insiste en que vaya con él, al final, accede a acompañarlo. Su sorpresa es enorme cuando, tras abrir la puerta, ve a los dos hermanos, que salen de allí con cara de susto. Pronto la sorpresa da paso al enfado, que va creciendo según va siendo consciente de lo que podría haber pasado, si no los hubieran encontrado. Muy seria, la supervisora, que es muy estricta y no le gustan nada las travesuras infantiles, les manda ir con ella al despacho del director. Este los recibe y escucha, sorprendido, a la enfadada Miss Katy contarle lo sucedido. Rápidamente, decide castigar a los dos hermanos a limpiar durante toda la semana los dormitorios de su piso. Normalmente solo tienen que limpiar su propio cuarto, en turnos de dos en dos. El director ve a los dos hermanos tan apurados que cree que ya han tenido su propio escarmiento, y piensa que una reprimenda sería suficiente. Pero ella es muy estricta y exige más. «En fin —suspira—, tampoco les va a venir mal un poco de trabajo extra, así la próxima vez se lo pensarán antes de ir a salsear por ahí».

Esa noche, en su dormitorio, los dos hermanos son el centro de atención mientras cuentan a unos expectantes amigos su gran aventura. Eso sí, desilusionan a todos cuando les dicen que arriba no hay «tesoros» escondidos, no hay juguetes.

Al desvelar el misterio, la buhardilla pierde para ellos toda su magia.

²² ... *hor zaudete? Urba naiz*: ... ¿estáis ahí? Soy Urba.

²³ ... *bai, hemen gaude!*: ... ¡sí, estamos aquí!

Capítulo 11

Me gusta mucho escuchar a Mr. Riley, nuestro profesor de inglés. Sobre todo cuando, después de explicarnos un poco de gramática, nos cuenta cosas sobre Inglaterra: sobre su historia, sobre personas importantes, sobre libros, sobre sus colonias en otros continentes. Creo que le entiendo casi todo. ¡Qué bien que, al ver que nuestra estancia aquí se alargaba, decidieran darnos estas clases! Asistimos unos cuarenta, y la mayoría escuchamos con mucha atención; él suele estar tan metido en las historias que nos narra que parece que se olvida de nosotros. A mí me fascina.

Hemos aprendido que los ingleses han dominado los mares; que han vencido a los españoles en una gran batalla naval; que han tenido muchos reyes, pero que han sido de los primeros que les pusieron un Parlamento elegido por el pueblo para limitar sus poderes; que llevan muchos años de libertad. También sabemos que ahora en este país hay muchas industrias, que necesitan mucho hierro y carbón. Carbón ya tienen, pero hierro, no. Por eso, hace unos años fueron a Bilbao, porque allí tenemos mucho. Así que los barcos traen hierro a Inglaterra y vuelven con carbón. Dice el profesor que hay mucha relación entre Bilbao e Inglaterra. Ahora entiendo por qué muchos edificios de aquí me recuerdan a los de allí.

Mr. Riley nos ha explicado que un tal Newton estudió el movimiento de los cuerpos y descubrió las leyes de la gravedad. Nos ha llenado de fórmulas la pizarra, pero no le hemos entendido casi nada. Al oírlo, pienso que, algún día, yo estudiaré todo eso y lograré entenderlo todo bien.

Nos habla, también, de la democracia, de la libertad (freedom), «very very important», y nos dice que es una pena que ahora en España unos pocos quieran acabar con esa freedom.

Después de la clase, no dejo de pensar en las palabras del mister. ¡Qué razón tiene! ¡Ojalá al final ganen los nuestros y podamos vivir como aquí! ¡A ver si ellos nos ayudan y ganamos a los golpistas!

Al llegar al comedor, saludo distraído a mis hermanos y cojo un trozo grande de pan. Tanta actividad mental me ha dado hambre. Enseguida nos sirven la sopa y unas patatas con salchichas, no muchas: la comida últimamente es más escasa, pero no nos quejamos. Los meses pasan y el dinero de los donantes a veces no llega para todo. Por eso, en nuestra colonia, como en otras, algunos chicos y chicas han formado grupos de

danzas y hacen actuaciones en los pueblos para recaudar dinero. Enrique también participa en ellos, siempre le han gustado los bailes típicos y está encantado. Algunos fines de semana, si tienen actuaciones en algún pueblo, se ausentan de la colonia. Vuelven muy contentos, son siempre muy bien recibidos y la gente les aplaude mucho. El dinero que consiguen ayuda a pagar gastos. El invierno está siendo duro y, a veces, no se puede encender la calefacción por falta del mismo.

Pienso en todo esto mientras me como la manzana del postre. De repente, oímos que el altavoz hace un ruido y se pone en marcha: «Urbano Iturriza, Enrique Iturriza, Ernesto Iturriza, go to the principal's office²⁴».

El corazón me da un vuelco. Sorprendido, miro a mis hermanos y nos quedamos los tres paralizados, incapaces de decir nada. Ernesto es el primero que reacciona, se levanta y grita:

—Gu gara!..., ¡somos nosotros!

—Sí, somos nosotros, han dicho nuestros nombres...

—¡¡¡Nos vamos!!! ¡¡¡Nos vamos!!!

Enrique y Ernesto empiezan a saltar y a palmotear:

—¡¡¡Urba, que nos vamos, etxera goaz!!!

Yo los miro, asombrado, sin reaccionar. No me esperaba que nos llamaran. Al oír nuestros nombres, el corazón se me ha acelerado de tal manera que me impide hablar. No sé qué pensar, ni lo que siento: si nos reclaman, significa que la ama y Teresa están bien, que han vuelto a casa y que volveremos a reunirnos con ellas. Eso me hace muy feliz, pero...

Por fin, reacciono y me uno al alborozo de mis hermanos. Me abrazo a ellos y empiezo también a brincar.

El tren está llegando a la estación de Hendaya. El viaje ha sido muy largo. Los tres hermanos Iturriza, junto con otros muchos niños y niñas de diversas colonias, han atravesado Inglaterra de norte a sur y, tras cruzar el Canal de la Mancha en un transbordador, en Calais han cogido otro tren que los lleva hasta la estación de Hendaya. Llevan dos días viajando y están muy cansados. A pesar de eso, al darse cuenta de que

²⁴ ... go to the principal's office: ... id al despacho del director.

ya llegan, se levantan de sus asientos y, nerviosos y emocionados, se acercan a las ventanillas. Quieren ver la frontera, quieren ver de nuevo su país. Cuando el tren entra en el andén de la estación, divisan a unas personas que portan un cartel: «Basque children», «Niños vascos». Son las personas de la organización que los van a acompañar a pasar la frontera.

Los niños cogen rápidamente sus pocas pertenencias y se apean. Después de agruparse en torno a la pancarta, se dirigen caminando al puente internacional que une Hendaya con Irún. Allí, en la línea de frontera, están las dos policías: la francesa y, a pocos metros, la española. Los primeros los miran indiferentes y les dan paso; en cambio, los segundos, con caras serias y modales bruscos, los paran, comprueban sus nombres en la lista que les ha entregado la organización y les ordenan de malos modos que sigan adelante. Ellos están ganando la guerra y, en el País Vasco, son los que mandan ahora.

Los niños y jóvenes que regresan saben que son sus enemigos y que hay que tener cuidado: mejor no decir nada y pasar desapercibidos. La forma en que los miran y tratan, la incertidumbre sobre su nueva vida aquí, sobre cómo estarán sus padres y hermanos; la tensión que se respira en el ambiente; los gritos que a veces oyen, cuando algún guardia se impacienta con alguien que no tiene los papeles adecuados..., todo ello hace que estén muy nerviosos. Atrás, han dejado una vida segura, tranquila, sin sobresaltos, en la que han llegado a olvidar los temores de la guerra. Atrás, se han quedado también muchos buenos amigos a los que seguramente no volverán a ver.

Debido a toda esa tensión Ernesto está llorando. Urbano lo coge de la mano y la aprieta fuerte:

—Lasai, pronto llegaremos a casa y estaremos con la ama y con Teresa. No pasa nada. Estaremos bien.

Enrique lo agarra de la otra mano, y así, los tres hermanos pasan sin problemas el control policial y siguen caminando hasta atravesar el puente. Están en Irún, están en su amado País Vasco, pronto estarán en casa de nuevo. Pronto volverán a ver a su ama y a su hermana.

Llorando —ahora sí, los tres—, se abrazan emocionados. La aventura en Inglaterra ha terminado.

A las pocas horas, es a la ama y a Teresa, su hermana, a las que abrazan. Tras casi un año de separación, vuelven a estar todos juntos. La reclamación que hizo Urbana dio resultado y, después de unos días de haber vuelto a San Sebastián, recibió una carta con la fecha de regreso de sus hijos: 23 de marzo de 1938.

Se abrazan, lloran de alegría y se miran unos a otros extrañados de volver a verse. Se sienten diferentes: los niños han crecido y han vuelto más fuertes, han estado bien cuidados y alimentados. A ellas se les notan los miedos y penurias vividas durante la guerra.

Esa misma tarde entran juntos en la casa que dejaron hace ya casi dos años.

La alegría y emoción por el reencuentro les hace olvidar por uno momento que, aunque han conseguido volver a casa, todo a su alrededor ha cambiado. La guerra lo ha paralizado todo y los vencedores imponen su ley. Ellos se tienen a sí mismos, pero ¿Cómo se las arreglarán para sobrevivir?

Marisa Iturriza (hija de Urbano Iturriza, niño vasco refugiado en Inglaterra)



Niños vascos llegan a la estación de Darlington (Northern Echo)



5. Chicos de Gainford con el colegio al fondo.

Àlbum histórico. G.Arrien



St Peter's, Gainford